



## La cultura de la televisión

Durante mucho tiempo, la crítica de la televisión ha formado parte de las ideas recibidas que configuran el a menudo estrecho universo mental de la intelectualidad. Tan extenso ha sido el tópico acerca de la nulidad cultural de la televisión, que era legítimo sospechar que no era del todo inocente, en especial cuando, con frecuencia, los intelectuales, que tanto difamaban la inmundicia televisiva, no dudaban en acudir a toda prisa a cualquier plató al que les invitaran. Con el tiempo, se ha calmado un poco la indignación de un gremio al que parecía que la televisión le estuviese quitando algo. Los hechos acaban imponiéndose a los dogmatismos. Y, guste o no, la televisión es un fenómeno que ha tenido un papel central en la configuración del sistema de mentalidades de nuestras sociedades.

La televisión da carta de naturaleza social a los acontecimientos: lo que sale en la tele es lo que socialmente existe. De ahí los esfuerzos desesperados de algunos ciudadanos por tener su minuto de presencia televisiva, es decir su minuto de reconocimiento social. Algunos incluso han matado para conseguirlo.

La televisión es, para muchos ciudadanos, la principal –o exclusiva– fuente de información, es decir un vehículo de socialización muy poderoso. Se podría afirmar que la televisión genera cierto infantilismo cultural: gracias a ella, los niños tienen conocimiento de muchas cosas que en generaciones anteriores sólo conocían de adultos, pero muchos permanecen en este estadio toda su vida. Claro que antes ni siquiera conseguían este nivel.

La televisión tiende a banalizarlo todo: los acontecimientos y las ideas. Los acontecimientos, porque ni el más importante aguanta muchos días en el primer plano e inmediatamente otro acontecimiento histórico desplaza al anterior. No jerarquiza: a veces, un acontecimiento local nimio y un conflicto internacional merecen el mismo tratamiento televisivo, y algo semejante sucede con las ideas: la televisión admite con dificultad las ideas punzantes, la televisión es muy generosa con quien aparece en la pantalla, a condición de que no se haga notar más de la cuenta, de que no sea demasiado agresivo.

La televisión contamina a los demás campos de la producción del discurso social. Basta con ver la evolución de la prensa escrita para constatar que todos los periódicos han sido sensibles al impacto del estilo audiovisual.

La televisión es creadora de lo simbólico. El «medio» en sí ha sido un símbolo (probablemente su época ya está llegando a su fin y por ello podemos dedicarle exposiciones). Un símbolo de integración social, pero también un símbolo que ha saltado fronteras y ha tenido mucho que ver, como contraimagen, con el proceso de pérdida de consenso social, por ejemplo en los países del Este de Europa, cuando el muro aún existía. Y también una productora de pequeña mitología social.

La televisión favorece una cultura del sentido común en la que casi todo se decolora. Esta idea la certifica el mural de los presentadores más conocidos de las televisiones mundiales: en conjunto parecen casi clónicos, la imagen que domina es la del personaje bien pensante, portador de confianza a sociedades que tienen la comodidad como referente ideal.

La televisión ha modificado sustancialmente los comportamientos políticos. La democracia, en la época de la televisión, ha ido pasando de representativa a auscultativa. El gobernante envía sus mensajes a la ciudadanía y permanece pendiente de la respuesta a través de las encuestas de opinión, para modificar su estrategia y, si es necesario, sus posiciones.



La televisión ha incidido sobre los hábitos de vida social. La pérdida de la capacidad narrativa es probablemente una de las consecuencias más sensibles en una vida familiar en la que el televisor ha adquirido el papel de foco central de la cotidianidad.

Por todo ello se puede afirmar que hay una cultura de la televisión. Por todo ello, pero también por otra razón: por mucho que el medio sea el mensaje, la televisión no deja de ser un instrumento, a través del cual, se han hecho importantes aportaciones culturales. Para conseguirlo hay que dominar el lenguaje y tener cosas que decir. A pesar de las restricciones de una televisión en manos de unos pocos (el poder político y algunos sectores del poder económico), ha habido quien la ha sabido aprovechar.

«Mundo TV» trata sobre todo esto. De cómo la televisión trabaja sobre la realidad. Del carácter de puesta en escena que todo tiene en televisión, incluso el directo. Del acontecimiento sorpresa como venganza de la realidad frente a la inercia reductora y simplificadora que la televisión incorpora. Y del juego de señales y referencias entre la televisión y otras formas de expresión de esta época, especialmente el cine y el vídeo.

No hay una manera única de hacer televisión, ni una manera única de verla. Esta es una de las conclusiones que «Mundo TV» quiere poner de relieve. Que la televisión pueda tender a falsear la realidad, a manipular la opinión, a desdibujar la conflictividad, a trivializar las ideas y referencias, a desmovilizar a las sociedades y, por tanto, a facilitar la tarea de los poderes, no es obstáculo para que a través de la televisión circulen cantidades de información, para que la televisión haya hecho posible un reconocimiento de los problemas de países que antes ni siquiera existían y haya contribuido a que el monopolio de la palabra no esté sólo en manos de los curas, ya sean religiosos o militares. Basta con comparar las sociedades de antes y después de la televisión para ver que sólo desde la melancolía (y desde cierto aristocratismo del que la intelectualidad difícilmente se libra) se puede pensar que sin televisión se vivía mejor. A mí tampoco me gusta Benidorm, pero, gracias a Benidorm, las vacaciones en la playa no son privilegio de unos pocos. Con la televisión sucede algo parecido. Y, además, de vez en cuando encontramos algún buen programa. Programas de cuya existencia ni siquiera estábamos enterados.